



llamado Dylan Marlais Thomas apeló, sedujo, importunó, en fin, utilizó a Thomas Stearns Eliot, Sumo Pontífice de la poesía inglesa.

La primera de las asiduas, y transparentes, referencias a T. S. Eliot en el epistolario thomasiano se deja ver en una carta de septiembre de 1933 que inicia el comercio idílico entre el poeta galés y Pamela Hansford Johnson, donde un Dylan adolescente fantasea acerca de la publicación de un “Poema de Jesús” en las páginas de *The Criterion*; este poema —probablemente una versión inicial del hermoso “There Was A Saviour”— habría de aparecer supuestamente en el controvertido periódico de Eliot, a pesar de que, “como regla, el *Criterion* no publica ninguna clase de poesía metafísica”. Por más de una, o para ser exactos más de dos razones, la frase es reveladora: sabemos que T. S. Eliot conducía una revista con una propensión, contradictoria a simple vista, al *laissez faire* aristocrático; sabemos además que para esa fecha, Dylan Thomas no tenía, no podía tener, certeza alguna acerca de una eventual incursión a *The Criterion* y, por último, en alguien reacio a ser clasificado, el uniforme de “metafísico” no puede dejar de sorprendernos. Excusémosle, sin embargo, estas inexactitudes, porque fanfarronear ante las damas (y Pamela sería, en el más dantesco de los sentidos, la única dama de Dylan Thomas) no era la menor de sus habilidades ni el peor de nuestros defectos. Al mes siguiente Thomas descubre a Pamela sus intenciones de conocer personalmente a T. S. Eliot, y, fingiéndose atemorizado por lo crucial de la circunstancia, exclama “God’elp me”. Se desconocen los motivos que tuvo Dios para posponer el encuentro hasta marzo de 1936, lo cierto es que por el momento la confrontación hubo de limitarse a esta carta:

### **Noviembre 1933**

5 Cwmdonkin Drive. Uplands, Swansea

Estimado Sr,

Richard Rees de la *Adelphi* ya le ha dado, eso creo, un número de poemas míos al señor Herbert Read quien escribió diciendo que él, a su vez, se los iba a pasar a usted para su consideración.

La semana pasada Richard Rees me pidió que le enviara algunos poemas más recientes. Así lo hice, y recibí la respuesta que adjunto, así como una selección de poemas escritos recientemente.

Confío en que usted podrá encontrar tiempo para leerlos, aunque sólo fuera para corroborar o contradecir la sugerencia de escritura “automática”, cuya más ligera idea es infundada. La fluidez que se critica es el resultado de una labor extraordinariamente dura, y, en mi opinión, la ausencia de “pasajes oscuros e impenetrables” es una vez más el resultado de una labor muy enérgica —por errada

que fuera— y de muchas horas penosas empleadas puliendo y eliminando estridencias conflictivas.

Sinceramente suyo,  
Dylan Thomas

PD: Confío en que no le molestará que le haya enviado los poemas o el haber escrito una carta tan problemática.

Ya en esta fecha Dylan Thomas se enfrascaba en la escaramuza interminable contra las imputaciones de “surrealista”, escaramuza en la que participaría, como acostumbraba, armado con una mezcla de razonamientos brillantes y silogismos arbitrarios que, en estos primeros años, le daría muy buenos resultados. El lector consuetudinario de su poesía notará con una sonrisa este rechazo categórico al hermetismo: Dylan Thomas, sólo él, puede disputarle a Gerard Manley Hopkins el señorío de lo “oscuro e impenetrable”. En los meses que siguen Thomas soñará con su aparición en *The Criterion* y le expresará al colega Glyn Jones su certeza de que la revista le publicará “algunas cosas en un futuro bastante cercano”. Pero el mutismo de Mr. Eliot y la impaciencia lo conminan a redactar una segunda carta:

**Marzo 1934**

5 Cwmdonkin Drive. Uplands, Swansea  
Estimado Señor,

Algunos meses atrás le envié unos pocos poemas para que los tuviera en consideración, pero no he sabido nada de usted desde entonces. Me pregunto si acaso los poemas le llegaron. O si no ha tenido aún tiempo para leerlos.

Adjunto un sobre de retorno.  
Dylan Thomas

Llama la atención ese patético “sobre de retorno” con el cual el remitente, además de consumir una despedida lacónica hasta la descortesía, le insinúa a su ilustre destinatario la devolución de los textos, confiando, desde luego, en que haga exactamente lo contrario. Eliot, que alguna vez (bien lo supo Ezra Pound) fue un joven poeta sin hacienda, capta la idea y responde con “una nota muy amable” (si hemos de creer lo que Thomas le dice a Stephen Spender) donde, entre otras gentilezas imaginables manifiesta sus deseos de conocerle (si hemos de creer lo que le cuenta a Pamela Hansford). La tercera muestra nos autoriza a aceptar ambas cosas:

**Marzo 1934**

5 Cwmdonkin Drive. Uplands, Swansea  
Estimado Señor,

Muchas gracias por su nota. Estoy más que complacido de lo que puedo expresar porque usted baya encontrado en mis poemas algo que le gustara. La mayoría de los poemas que usted vio fueron escritos hace sólo dos años, cuando yo tenía dieciocho, y pienso que mi trabajo ha mejorado bastante desde entonces.

Yo estaré en la ciudad desde el lunes de Pascuas, o antes, hasta el final de la semana. Me pregunto si sería posible que le llevara algunos poemas más recientes para que los viera.

Gracias una vez más por su amabilidad.

Sinceramente suyo,

Dylan Thomas

Y es entonces cuando el mismo Dylan Thomas que el 14 de marzo en carta a Glyn Jones denunciara en la obra de T. S. Eliot aquellos “conglomerados eruditos de la sabiduría de un siglo” que resulta imposible disfrutar “a menos que tengamos un conocimiento íntimo de Dante, “La Rama Dorada” y los reportes meteorológicos en sánscrito”. Le confiesa al mismo interlocutor que imaginamos cogido por sorpresa: “Preferiría con mucho ser Eliot antes que Whitman, aunque sólo fuera porque Eliot tiene un espléndido sentido de la forma”. No nos asombremos nosotros: los cambios en el humor epistolar de Dylan Thomas siempre estuvieron en relación directa con la suerte que corrían sus textos.

Durante 1934 Eliot mantuvo sobre su mesa de trabajo, dubitativo, ese manojito de poemas sorprendentes que verían la luz como los *18 Poems*; la certidumbre de encontrarse a un tiempo frente al poeta más original y, por ende, menos publicable de la década, lo mantenía confinado a una disyuntiva shakesperiana. En noviembre Thomas le pregunta a Geoffrey Griggson, otro *caporegime* de las letras: “¿Has visto al Papa Eliot últimamente? Está haciendo cosas raras con mis poemas”. Realmente la indecisión de T. S. Eliot había durado demasiado: *The Sunday Referee*, que tenía ciertas prerrogativas al respecto, tomó la iniciativa. Así, a una petición de Miss Erica Wright, secretaria pontifical, de que “no tomara ninguna decisión con respecto a la publicación” sin consultar con su superior, Thomas responde acongojado que la solución, “muy desafortunadamente”, se le escapaba de las manos, y que esperaba “saber de Él”, mejor dicho, “de él”: según Paul Ferris, biógrafo de Thomas, este intentó rectificar la mayúscula bromista con una minúscula prudente y desmañada. El cinco de noviembre Eliot devuelve los originales y antes de que el año termine estos se imprimen en la casa Parton Bookshop. Hoy se sabe que Eliot lamentó su preciosismo editorial: “debería haberse aceptado lo inferior junto con lo de primera clase”.

Durante 1935 los vínculos entre los dos poetas se distienden: bien por su agitada vida espiritual (y espirituosa) o por una presumible decepción, Dylan Thomas interrumpe su sincopada conversación epistolar con T. S. Eliot. En enero del 36 se jacta ante Desmond Hawkins: “Gracias a Dios mis sueños con el periódico Papal son muy raros”. Pero en marzo se contradice —como de costumbre ante el mismo destinatario— y expresa, con humildad desacostumbrada, su esperanza de que Eliot acceda a publicarle: “Espero que el Papa consienta. Nunca lo he visto en persona, sólo en su ministerio diciéndome ‘Y lo que es más, el surrealismo es un animal muerto’”. Como si quisiera que esos sueños se exacerbaren, el Hacedor del “periódico Papal” descubre a Dylan Thomas, vaya suerte, en su hábitat natural: una celebración, un almuerzo donde todas las palabras saben a cerveza. Alguien, quizá el propio Hawkins, los presenta, y alguien más —de cuyo nombre Paul Ferris rehúsa darnos noticia— los ha visto salir juntos, “francamente ebrios”. No sin razón el lector se indignará ante este testimonio que parece una calumnia: ¿Cómo T. S. Eliot, parroquiano ejemplar, futuro Premio Nobel que verá amontonarse sus volúmenes en las bibliotecas asombradas habría podido dejarse seducir por un galés fantasioso que tendrá más mujeres que poemas? Ah lector, ¿por qué no creer en la palabra de ese testigo anónimo y tal vez, él mismo, borracho?; ¿por qué no suponer que a los cuarenta y ocho años, atrapado entre la tradición y el talento individual, T. S. Eliot se aburre? Acaso el propio Eliot no nos permite deducirlo, cuando le comunica en 1961 al *miglior fabbro* que su vida ha conocido apenas dos temporadas de felicidad: la vejez y la infancia. Nótese que he sido piadoso al traducir *tanked up* como “ebrios”, cuando en realidad debería reportar procazmente que, con el tanque lleno la entidad Dylan Thomas Stearns Eliot merodea por esas calles londinenses de iglesias inútiles y verdulerías inoportunas que Hitchcock ha sabido describir. Cabe imaginar, o fabricar, esa conversación: si hablaron de política, Eliot opondría su defensa mediatizada del fascismo al socialismo *blakeano*, incoherente de Dylan Thomas; si de mujeres, Thomas compararía sus desmanes de “muchacho borrascoso” con el matrimonio demencial de Eliot y Vivien Haigh-Wood y este, a su vez, acabaría por repetir de memoria su escabroso romance de “King Bolo and His Great Black Queen”, un largo poema donde, según Peter Ackroyd florecen *pricks* y *bungholes* en cuidadosa interacción. Conciso, Dylan Thomas nos saca de dudas en su primer envío a Vernon Watkins: “almorcé con el Papa Eliot”, informa eufórico, y luego especifica, “tenía un poco de reumatismo ese día, y casi todo el tiempo se fue discutiendo los diversos modos de curarlo”. Días después Eliot envía otra de sus notas (que suponemos) cordiales, a la cual Thomas contesta con estas líneas desordenadas, entusiastas:

**12 de abril de 1938**

Polgigga Porthcurno, Penzance Cornwall  
Estimado Sr. Eliot,

Muchas gracias por la nota. Debería haber respondido antes, pero he estado tratando de establecerme aquí y eso, después de haber estado tan desordenado en Londres, me lleva mucho tiempo.

Tengo algunos poemas nuevos, pero no estoy realmente seguro de ellos, y por el momento no creo que sean lo bastante buenos para enviárselos. De todos modos voy a trabajar duro con ellos y veré qué pasa. He estado escribiendo bastantes cuentos últimamente. ¿Le importaría ver el último? Se llama “The Orchards” y se lo adjunto.

Tal vez no le guste en lo absoluto; nadie lo ha visto para decirme algo acerca de él y pudiera estar del todo mal. Espero que no porque he empleado un largo, largo tiempo trabajándolo. Incluso si no pudiera utilizarlo —y yo espero que sí— mucho, ¿me diría usted algo al respecto?

Estoy previendo otra pequeña fiesta con cerveza con Hawkins y Porteous. ¿Vendría usted?

Sinceramente suyo,  
Dylan Thomas

Consideremos esta pieza con melancolía, porque en ella Dylan Thomas roza la cima de su familiaridad con T. S. Eliot; en el resto del epistolario, como se verá, lo familia deviene una oscura sustancia adhesiva con la cual Thomas —por más que él lo niegue y nosotros lo lamentemos— convierte sus cartas en un diálogo deferencial entre un poeta insolvente y un empresario próspero:

**6 de mayo de 1936**

Polgigga Porthcurno, Penzance Cornwall  
Estimado Sr. Eliot,

Estoy muy satisfecho de que le haya gustado mi cuento y de que vaya a publicarlo. Si tuviera algunos poemas durante las próximas semanas, ¿podría enviárselos para que los leyera? Soy capaz —hasta ahora— de trabajar duro y regularmente aquí, y debo tener seguramente algo que mostrarle en corto tiempo.

Sé que esto es muy irregular (*sic.*), y sé que los periódicos ingleses nunca pagan por trabajo aceptado sino solamente por el publicado. Pero ¿cree usted posible que se me pague mi cuento por adelantado o, de no ser así, que se me pague **algo**, por poco que sea? Me siento muy estúpido y nervioso por pedir esto, pero es que realmente es muy urgente para mí. Nunca he estado en una situación con el dinero peor que en la que estoy ahora —y eso es mucho decir, porque vivo de los poemas y los cuentos que escribo y estoy, en consecuencia, casi siempre sin un centavo. Pero en esta ocasión necesito encontrar dinero en alguna parte y en muy pocos días. El único modo que se me ocurre

es tratar de obtener el pago por adelantado de las pocas cosas más que recientemente han sido aceptadas pero sin ser aún publicadas.

Espero que no le importe que le haya pedido esto. Entendería a la perfección desde luego que el *Criterion* no pueda pagar ninguna colaboración por adelantado, aunque realmente confío que sí.

Una vez más, me siento apenado por esta carta; honestamente no la hubiera escrito de no haber sido tan terriblemente importante para mí.

Muy sinceramente suyo,  
Dylan Thomas

Qué diferencia entre una carta y otra; qué desequilibrio lamentable se ha interpuesto entre aquella alusión “inocente” a la cerveza y esta petición, a todas luces enojosa, coronada por un *muy sinceramente* demasiado enfático, demasiado solitario en el contexto de estas cartas para ser pasado por alto. *The Criterion* hizo imprimir las extrañas orquídeas de Thomas en el mes de julio, pero no puedo asegurar que Eliot haya cometido la “irregularidad” de pagar por adelantado.

El patriarca Eliot tiene otra curiosa aparición en las *collected letters* de Dylan Thomas el 5 de julio de 1938: Harvard le ha pedido a Thomas que contribuya en un número especial dedicado a los cincuenta años de su antiguo alumno y el poeta galés, que sólo ha logrado garabatear “un puñado de notas” infelices, le pide ayuda al fiel Vernon Watkins. Nueve días después le reitera su necesidad de que “pienses en Eliot por mí”, lo cual me fuerza, pensando por el lector, a aclarar que sólo la irresponsabilidad o la pereza justifican esta petición inaudita: Dylan Thomas conoce la obra de T. S. Eliot, o al menos nos lo ha hecho creer así al citarlo, comentarlo, criticarlo parapetado en la prosa epistolar. Valdría la pena determinar si Thomas concluyó (o firmó) esa contribución: la respuesta debe estar recluida en las páginas, ignotas para el que esto escribe, de la revista de la Universidad de Harvard. Un mes más tarde Thomas —obligado por circunstancias de las cuales no es del todo inocente— recurre una vez más a la benevolencia de T. S. Eliot en una epístola que logrará, lo sé, algunas lágrimas en el lector desprevenido.

23 de agosto de 1938  
Sea View, Laugharne. Carmarthenshire  
Estimado Sr. Eliot,

Estoy apelando al *Royal Literary Fund* por una donación de dinero debido a lo desesperado de mi posición actual y debido a que mi esposa pronto va a tener un hijo. No tenemos absolutamente ninguna ayuda aparte de mis ingresos como escritor, los cuales son extremadamente pequeños, y espero que el Fondo vea que mi caso merece

atención. Se me ha dicho que en mi solicitud debo proporcionar los nombres de dos o tres escritores bien conocidos quienes dirán algo en mi favor. ¿Pudiera, por favor, utilizar su nombre, que sería de gran ayuda? Tal como lo he entendido, todo lo que tiene que hacer —si está de acuerdo en ayudarme de esta manera— es responder a las preguntas de los depositarios del Fondo y decir que en su opinión, yo sería merecedor de su caridad. Sin una donación inmediata como esa tendré que renunciar a la casa que con dificultad hemos alquilado y amueblado aquí y resignarme otra vez a los albergues y a escapar de las deudas y a la inestabilidad y a menos y menos oportunidades para hacer mi propia obra. Pero sobre todo debo considerar el bienestar de mi esposa y su bebé, y confío mucho en que permitirá utilizar su nombre.

Sinceramente suyo,  
Dylan Thomas

Al dirigirse ocho días después al *Royal Literary Fund*, Thomas asegura, citándolo, que Eliot “estará satisfecho de escribir decisivamente a su favor”. Aún así, la institución, en grave asamblea —y con argumentos que por no sernos ajenos logramos anticipar— denegó la solicitud: uno de los participantes (supuestamente S. A. Courtauld, hombre de negocios) recitó con sorna algunos de los intrincados poemas de Dylan Thomas y acudió, como agravante, a la alevosía de sus 23 años. Con semejantes tribunales, bien lo sabemos, la poesía puede aspirar solamente a la displicencia o a la multa; de cierta manera Dylan Thomas mereció ambas.

Es precisamente a finales de la década de los 30 cuando Thomas se empeña en hacer florecer, en un terreno ya de sobra labrado, su sólida reputación de intelectual irresponsable; no es ilógico, pues, que desaparezcan de su epistolario —con mayor o menor brusquedad— sus *partenaires* más exigentes: Pamela Hansford Johnson y Vernon Watkins. T. S. Eliot también se esfuma, hasta que en mayo del 51, respondiendo a alguna provocación de Dylan Thomas —de la cual, presumiblemente, no han quedado huellas— reaparece con saludos y regalos. Esta carta, la última conocida, agradece el envío:

**28 de mayo de 1951**

The Boat House, Laugharne, Carmarthenshire.  
Estimado Sr. Eliot,

Muchísimas gracias de veras por su carta y su cheque. Fue extremadamente amable de su parte, y el cheque contribuyó a aliviar mis dificultades aquí. Yo me sentía, como usted sabe, muy nervioso para escribirle a usted solicitándole ayuda; y especialmente debido a su reciente reputación de acaudalado. Fue a pesar de esto que logré escribir mi carta de petición. Yo estaba, de todos modos, escribiéndole al mejor poeta que conozco, y no a un hombre supuestamente adinerado.

Gracias, una vez más, muy sinceramente.  
Suyo,

## Dylan Thomas

A mediados de 1953, Thomas es invitado a participar en una “Conferencia Literaria internacional” a celebrarse en los Estados Unidos y que involucraría, entre otros, a Mann, Forster, Camus, Hemingway, Faulkner... y T. S. Eliot. Ni en su correspondencia —ni en la exhaustiva cronología de su vida preparada por Ferris— hay otra alusión a la solemnidad del hecho que esta frase decididamente irreverente: “con los nombres de esos muchachos, debe haber dinero”. Ese mismo año, de una juega mal cuidada, muere Dylan Thomas, sin haber repetido la hazaña de compartir un par de cervezas (la cifra es eufemística) con el Papa de las letras inglesas. Es por ello que quiero persistir en la imagen arbitraria (*ergo* seductora) de los dos poetas mientras asolaban las calles del Londres de 1938: el uno piropeando, con dicción teatral, camareras atónitas; el otro recitándole a los transeúntes la historia impublicable del Rey Bolo y su Reina negra: ambos primorosamente borrachos.

**Omar Pérez** nació en La Habana en 1964. Es poeta, ensayista y traductor. Ha sido uno de los integrantes más destacados de la renovación literaria cubana durante los años '80. Fue redactor de *El Caimán Barbudo*. Escribe regularmente en revistas culturales cubanas. Publicó los libros de poemas *Algo de lo sagrado* (1996), *¿Oíste hablar del gato de pelea?* (1999), *Canciones y letanías* (2002), *Lingua franca* (2009) y *Sobras escogidas* (2016). Es autor de los libros de ensayos *La perseverancia de un hombre oscuro* (2000) y *El corazón mediterráneo* (2010). Tradujo, entre otros, a Dylan Thomas (*La muerte no tendrá dominio. Poesía recogida de Dylan Thomas*) y las antologías *Bueno y sin prisa. Antología de poesía norteamericana* y *Lo que es. Poetas de la lengua neerlandesa*. Incursiona en la música y la pintura. Reside en La Habana.

